

## AMOR DE MADRE

**C**ORRÍA el año 1814 y el sol de Austerlitz se hallaba en su ocaso. Mi amada patria lanzaba de su seno á las huestes imperiales, tras heroica lucha de seis años; los hielos de la estepa rusa, poderosos auxiliares de la imperturbable calma de Savarow y del meridional arranque del gobernador de Moscou, ponían en fuga al gran Emperador; y los ejércitos de la coalición europea volvían á los países de donde, en más dichosas campañas, los había arrojado el genio del primer Napoleón.

Rusos y austriacos, los vencidos en Arcola, en Rivoli, en Marengo, en Friedland, en Eylau, invadieron la península itálica, y demostraron con su conducta bárbara cuán á lo vivo les habían llegado las anteriores derrotas.

En toda Europa tenía partidarios Bonaparte; en las naciones todas había tropas á su devoción, que, aún viéndose notoriamente inferiores en número á las enemigas y privadas de la dirección suprema de aquel coloso de la estrategia, batíanse á la desesperada, sucumbían gallardamente al grito de: ¡Viva el Emperador!; y estas parciales é inútiles resistencias sólo servían para avivar la cólera y extremar la crueldad de los que trocaban su papel de fugitivos por el de triunfadores.

Así fué como, tras reñida lucha, un destacamento austro-ruso acercóse al insignificante pueblo de Roncole, donde penetró enfurecido por

las hostilidades de que había sido objeto, llevándolo todo á sangre y fuego.

Al aproximarse la hueste enemiga, apenas había hombres en la población, salvo los viejos y los inútiles y los niños; los hombres de armas tomar ó peleaban ó habían huído cobardemente.

Reunidas en la plaza del pueblo, las mujeres veían con espanto cómo se acercaba la humana ó más bien la inhumana avalancha, encomendábanse á la *Madona* y discutían sobre el partido que en tan críticos momentos debían tomar.

El párroco, un venerable anciano que había pasado ya por los sobresaltos y las angustias de la revolución, del consulado y del escéptico imperio, que tal vez se derrumbaba á causa de su escepticismo, por haber tomado la religión como un medio y no como un fin; el párroco, digo, sacó de su indecisión al desdichado elemento femenino de Roncole.

—Venid, hijas mías,—dijo,—entrad en la iglesia, pues cristianos son los que aquí se aproximan, y sin duda respetarán el sagrado asilo.

Las mujeres penetraron atropelladamente en el templo, en unión de sus más preciadas joyas, de los hijos de sus entrañas.

El consejo del sacerdote parecía bueno y hubiese dado excelentes frutos si algo existiera capaz de contener á una soldadesca desenfrenada.

AURELIANO DE BERUETE



BARRIO DE LAS COVACHUELAS (TOLEDO)

Más impregnados de espíritu religioso se hallaban los soldados de Carlos I, y conocidos son de toda persona ilustrada los horrores del asalto y saqueo de Roma, en que pereció el Condestable de Borbón.

El destacamento austro-ruso fué destruyéndolo todo á su paso; ni la santidad del templo bastó á detenerlo.

Aquellos hombres, aquellas fieras, ebrias de sangre y ansiosas de matanza, invadieron la iglesia, refugio de los más inofensivos y más débiles seres, y prosiguieron su obra de aniquilamiento, de exterminación.

En vano las madres trataban de resguardar apretándolos contra su seno y cubriéndolos con sus brazos, con su propio cuerpo, á sus tiernos hijos; inútilmente la hermana pretendía amparar á su pequeño hermano; tan estériles resultaron las súplicas, las lágrimas, como los rasgos de desesperado heroísmo de las que no vacilaron en oponer sus uñas y sus dientes á las bayonetas de los desalmados que reproducían, en el primer tercio del siglo XIX, los horrores ordenados por Herodes en los comienzos de nuestra era.

La carnicería fué espantosa, y sin embargo resultó incompleta. Ante lo inminente del peligro, á la vista del infortunio de sus com-

pañeras, hubo una madre más serena y atrevida que las demás; hubo una madre que, sin empeñarse en una resistencia imposible, ni emplear estériles ruegos, llevando en brazos una angelical criatura de pocos meses, logró ganar la empinada escalera del campanario de la iglesia y remontarse á lo alto, llegando á sitio peligroso y recóndito, donde no se ocurrió subir á los invasores, y del cual no descendió hasta que hubo desaparecido todo riesgo.

Su amor maternal dióle ánimo y fuerzas para realizar una empresa que en momentos de calma poco habría tenido de particular; pero que era arriesgada en aquellas circunstancias críticas; y á fe que la Humanidad debe estar agradecida á la que, con aquel rasgo de ternura, salvó la existencia del fruto de sus entrañas: porque éste, nacido en 10 de Octubre de 1813 y que ha bajado á la tumba en 27 de Enero del pasado año, no era otro que el compositor José Verdi, el inmortal autor de *La Traviata*, *El Trovador*, *Las Vísperas Sicilianas*, *Nabucodonosor*, *Don Carlos*, *Aida*, *Otello*, *Falstaff* y tantas otras obras no menos inmortales que el nombre del genio que las creó.

EDUARDO BLASCO

## INMORTALES AMERICANAS

### MERCEDES CABELLO DE CARBONERA

**V**oy á tratar de una personalidad culminante, de una vida laboriosa y fecunda, de una mujer que, por su talento y bien organizada opinión crítica, ha disfrutado y disfruta de un prestigio inmenso y ha tenido y tiene tan numerosos admiradores, que necesariamente he de abandonar sendas trilladas ya, en lo que se refiere á semblanzas ó bocetos biográficos, para invadir el terreno de la íntima confianza identificando mi pensamiento con el de aquella que, durante largos años, fué para mí hermana del alma y es hoy objeto de una ternura infinita, de un sentimiento que se funde en sensible y doloroso recuerdo.

Describiré á grandes rasgos una de las inteligencias que, en la literatura americana contemporánea, ha logrado inconmensurable influencia en el desarrollo intelectual del Perú, su patria.

Mercedes Cabello es típica por sus muy hondos estudios filosóficos; por el carácter especialísimo de sus obras; por las doctrinas que ha defendido; por el ancho campo que invadió con varonil firmeza.

La profunda pensadora americana, la filósofa, la gallarda y estudiosa novelista, nació de antigua y esclarecida familia de rancio linaje español, pues que entre los apellidos de sus ascendientes figura el de Vargas Manchuca, patentizándose en ella, y bien á las claras, la valentía de su raza y la nobleza heredada que vibra en cuanto ha pensado y escrito Mercedes Cabello.

Si tuviera hábil pincel ó acertado lápiz, fuérame fácil retratar, sin omitir ningún detalle, el expresivo y hermoso rostro, tal y como era cuando yo conocí, de la que hoy está envuelta en el más hondo de los infortunios.

Aún me parece verla en el instante de amena conversación. La mirada franca y bondadosa, espejo fiel de su alma grande y de la elevación de sus ideas. Las pupilas, brillantes, bañadas en la suave luz que irradiaba en los ojos grandes y profundos de la escritora peruana. El rostro, semi-ovalado; las mejillas, tersas y frescas; los abundantes cabellos sedosos, algo ondulados y de un castaño casi negro; la cabeza, proporcionada; la frente, ancha, si bien suavemente comprimida hacia las sienes, traduciendo en sus proporciones un carácter reflexivo y observador.

Su cutis delicado, fino y ligeramente pálido, prestaba entonces al rostro encantadora melancolía, recordando algo de la raza árabe española.

En las líneas especiales, en los característicos rasgos, se reflejaba la alteza pensadora, la solidez inquebrantable del pensamiento y lo selecto, lo estético, diremos más, lo clásico de esta mujer excepcional, que vió la luz en Moquegua, en la antigua ciudad, en casa monumental llena de luz que entraba á raudales por los anchos balcones, embalsamados por el aura fragante de los jardines. Allí vivían los padres de Mercedes, don Gregorio Cabello, hombre ilustrado, filántropo é hidalgo, y su esposa amatista, acariciados por los ambientes de la fortuna y de la felicidad.

Tres hermosas niñas, hermanas de Mercedes y menores que ésta, y dos apuestos mancebos, Gustavo, residente hoy en Lima, y Gerardo, ahora casado con bella argentina, y establecido en Buenos Aires, componían entonces el total de aquella familia que era en Moquegua ejemplo de la unión más hermosa y de las aspiraciones levantadas sobre sólidos cimientos morales é intelectuales.

Comenzaban por entonces en el Perú á difundirse en grande escala las aficiones literarias, y el nombre de Enriqueta Pradel invadió de repente los círculos y la prensa. No era posible adivinar que fuese pseudónimo de Mercedes, rico joyel que brillaba por su ingenio y su belleza en la sociedad moqueguana.

Es indudable que todo lo grande y todo lo superior se impone; por eso, al trasladarse á Lima la familia Cabello, entró Mercedes como en casa propia en el camino de las letras, y sin luchas, sin decepciones y ajena á dificultades que el genio encuentra siempre, hasta crearse un nombre, logró pronta reputación debida en su mayor parte al exquisito gusto clásico que acusaban sus escritos y á los profundos conocimientos que había adquirido en los estudios filosóficos.

Sus novelas, de escuela modernista, son exacto relieve de las costumbres peruanas y de la sociedad tal como es; pero donde verdaderamente se ve de cuerpo entero á la escritora, es en trabajos críticos, en el folleto, como *La Novela Moderna* ó en el examen de las obras de Tolstoy, profundo, grave, donde se destacan apreciaciones notabilísimas, hermanadas con el entusiasmo latente y justificado por los altos fines que ha perseguido el insigne ruso.

Las producciones de Mercedes Cabello son muchas y están forjadas en el molde de la originalidad; son vividas, esencialmente nacionales y, á la vez de la galanura de su estilo, de la energía de los conceptos, de la atildada frase y de la gráfica erudición, hay en ellas derroche de filigranas y descripciones de la vida real que son la nota más culminante.

Su carácter investigador ha dado á los personajes de sus novelas una realidad tal, que son copias fotográficas.

Tan asidua y penosa labor menguó lentamente la salud privilegiada de la pensadora americana, tanto más cuanto que ni casada, ni viuda muy joven, interrumpió sus tareas literarias.

Sobrevino el cansancio intelectual.

Hízose preciso un viaje á las orillas del Plata, donde en el hogar de un hermano querido, buscó el sosiego forzoso para renovar la savia cerebral y prepararse para nuevos y más culminantes trabajos.

Ya por entonces había dedicado su talento á polémicas de alta trascendencia, relacionadas con las doctrinas de Augusto Comte, en las que profundizó con toda la exaltada nerviosidad de su carácter. La tarea era ardua, atrevida y digna de las condiciones innovadoras para las generaciones futuras.

En las alamedas de Belgrano, solitaria, tranquila, en un oasis de fresco verdor y de apacible quietud, permaneció durante algún tiempo entregada al descanso, vigorizándose, curando, digámoslo así, con el alejamiento del trabajo, aquel cerebro por demás fecundo, hasta que por último resolvió su regreso á Lima.

Más laboriosamente emprendió la vida de siempre y, aun cuando reflejábese cierta vaguedad de ideas en sus cartas y en sus escritos, continuó alentando intelectualmente hasta Octubre de 1900.

De improviso, las tinieblas invadieron su mente; las ideas grandes, los pensamientos de alto vuelo abandonaron, tal vez para siempre, el santuario donde habían elaborado tan grandes concepciones.

Enmudeció aquella poderosa inteligencia.

Naufragó la razón en los sombríos mares de la locura...

Mercedes Cabello ha dejado de existir intelectualmente...

El dolor nos abruma.

El llanto nubla nuestros ojos y niega la pluma á dar el supremo adiós á la que ha dejado de pertenecer al infinito y maravilloso mundo de la idea.

LA BARONESA DE WILSON



EN EL MOULIN-ROUGE

## NODRIZAS TERRIBLES

El Señor les libre á ustedes de necesitar nodrizas, amén!  
Mejor dicho, la Divina Providencia libre á ustedes de que sus hijos necesiten madre artificial.

De cien nodrizas que vean ustedes por esos mundos de Dios, noventa y ocho son otros tantos tormentos inquisitoriales para casa de los padres.

Hace pocos días me encontré en la calle á la señora de un amigo, instrumentista de cuerda, que ha tenido recientemente un niño de viento.

—¿Qué tal se cría el orro?—la pregunté.

—No me hable usted de eso,—me respondió—porque llevamos experimentadas catorce amas y el pobre chico está más encanijado cada día. Créalo usted, don Juan; me han dejado á la criaturita, que, si no fuera por la ropa, no se sabría si aquello era mi hijo ó si era un cornetín de llaves.

—¡Pobrecito de mi alma! ¿Y usted no le puede criar?

—No tengo posibles, amigo mío.

—¡Vaya por Dios!

—Y en verdad—añadió la esposa del violinista—que usted podría sacar partido de lo que me pasa y publicarlo en los papeles, entre otras tonterías.

—Mil gracias. ¿A ver? Cuente usted... Cuente.

—Basta la simple enumeración de las nodrizas que han desfilado por mi

casa para que usted se forme idea de lo que yo habré sufrido.

—Veamos.

—La primera era montañesa y montañosa... muy guapa toda ella... ¡si viera usted qué ojos! ¡y qué boca! ¡y qué sonrisa! Tenía un cuerpo escultural, unas carnes blancas, apretadas, suaves... Cuando daba el pecho al niño llamaba la atención; en fin...

—Bueno, señora; no describa usted con esos detalles, que me dan vértigos.

—Pues á los dos meses recibió su novio una puñalada en la taberna y allí quedó seco.

—¡Ave María Purísima! ¡Pobre hombre! ¿Y ella qué...

—¿Ella? Pues ella con el disgusto se quedó lo mismo.

—¿Cómo?

—¡Seca! Enteramente seca.

—¡Qué lástima!

—La segunda, era el reverso de la medalla. Fea como un demonio; gallega por todos cuatro costados y casada por la Iglesia como Dios manda, según malas lenguas.

—¿Y esa no se secó?

—¡Cál! ¡No, señor! Tenía al chico que era propiamente un ternero. Como que todos al verle decían: «no niega la casta». Porque ya conoce usted á su padre.

—¡Sí; siempre tan robusto!

—Pues, bueno; con gran sentimiento de todos tuvimos que mandarla á paseo por descuidada y distraída. Aquello era el colmo del descuido y de la distracción. ¡Cuántas veces por meter al chico en la cuna le metía en la artesal... A lo mejor se ponía á jabonar los pañales con una jicara, ó á

peinarse con la badila... En fin, un día que salimos de visitas mi esposo y yo con ella y el niño ¿sabe usted lo que ocurrió?

—No, señora.

—Que la primera amiga á quien visitamos fué á descubrir á la criatura para darle un beso, y nos quedamos sorprendidos al ver que lo que llevaba el ama en los brazos no era mi hijo.

—¿Pues qué era?

—El violín de mi marido.

—¡Qué atrocidad!

—Estaba monísimo, asomando las clavijas entre las puntillas de la gorra; pero no sabe usted la mala impresión que me causó. ¡Hubiera estrellado al ama!

—¡Ya lo creo! El caso no era para menos... ¿Y el niño?

—¡Pobrecito mío! Se había quedado en casa, en un rincón del recibimiento, envuelto en un tapete. Y gracias al gato que le estuvo lamiendo toda la tarde no se desgajó á fuerza de llorar el angelito!

—Tenía usted razón; el caso es digno de figurar en los papeles.

—Pues ya fuera de casa la gallega-distraída, entró una nodriza de tierra de Toledo, que no era guapa, ni fea, ni gorda, ni flaca. Tenía una leche de excelentes condiciones nutritivas, pero también tenía un defecto grande la indina de la mujer: era chismosa como ella sola, y en menos de ocho días, inventando lios y enredos, creó verdaderos conflictos en la vecindad y en la familia. Lió á mi marido con la portera, á la del segundo con el tendero, á la cocinera con el vecino del entresuelo; y todos mis amigos y mis parientes anduvieron revueltos y dentro de un infierno de cuentos y chismes. ¡Qué lengua, don Juan!

—Me la figuro.

—Como es consiguiente, la echamos con cajas destempladas y recibimos á un alma de Dios, toda bondad y mansedumbre. Nos tomó cariño á todos á la media hora de entrar en casa y nos pareció que habíamos tropezado con la piedra filosofal. Cada vez que iba á dar al nene la substancia láctea se persignaba, y no le mudaba jamás los pañales sin murmurar una oración hecha á propósito para estos casos por el cura de su aldea. Sabía una oración para el estreñimiento y dos ó tres para todo lo contrario, y no se daba golpes de pecho, porque de eso ya se encargaba el chiquitín.

—Pues, hija, era una nodriza santa. Estaría, por supuesto, casada legítimamente.

—Ah, no, señor; tanto como eso, no. Al menos no lo decía.

—¿Y cómo teniendo tan buenas condiciones no dura todavía en su casa de usted?

—Muy sencillo; porque se le fué estropeando la leche de un modo espantoso. Se le fué volviendo clara, clara. Luego se fué oscureciendo hasta que más bien que leche parecía café, y el niño se iba transformando en una especie de mochuelo que daba lástima. Por fin, al angelito le dió un cólico apático, como ella decía, y la causante se largó á otra parte, porque realmente, nosotros queríamos que el niño mamase leche y no zarzaparrilla echada á perder.

—¡Qué notable es todo eso que me cuenta usted!

—Pues aún hay más.

—Bueno, usted me dispensará de conocer el resto de la serie, porque se me hace tarde. Lo que celebraré es que la nodriza reinante les dure á ustedes mucho.

—¡Ay, amigo mío! Es muy buena mujer; pero se ha enamorado ciegamente de mi esposo y no hace más que ofrecerle sopas de chocolate y dirigirle unas miradas lácteo-facciosas que me tienen escamadísimas.

—¡Uy! Malo, malo. Fuera con ella... A criar al nene con un botijo. Nada; lo que dije al principio:

¡Que el Señor les libre á ustedes de necesitar nodrizas. Amén!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



JARRONES DE MÁRMOL Y BRONCE, ORIGINALES DEL



ESULTOR JOSÉ CAMPENY, É INSTALADOS EN EL COMEDOR



DE LA TORRE DEL MARQUÉS DE MAPIANAO, EN SAN



BAUDILLO DE LLOBREGAT. Fot. de A. Esplugas